

LA ISLA DESIERTA

(Burlería en un solo acto)

Roberto Arlt

[Adaptada por José Eduardo Morales para una representación de alumnos de Educación Secundaria del Colegio San José (Espinardo - Murcia)]

Dramatis personae

La jefa	Elena Albarracín
Empleada 1ª	Mª José Muñoz
Antonio	Aarón Sánchez
Empleada 2ª	Laura Sánchez
María	Iria Vicente
Empleada 3ª	Andrea García
Empleada 4ª	Laura Campos
Cipriano (mulato)	Alberto Díaz
Empleada 5ª	Silvia Hernández
Director	Álvaro Sánchez
Tenedor de libros	Marta Lares
Narrador	Paula Molina

ACTO ÚNICO

ESCENA I

Oficina rectangular blanquísima, con ventanal a todo lo ancho del salón, enmarcando un cielo infinito caldeado en azul. Frente a las mesas escritorios, dispuestos en hilera como reclutas, trabajan, inclinados sobre las máquinas de escribir, los empleados. En el centro y en el fondo del salón, la mesa del Jefe, emboscado tras unas gafas negras y con el pelo cortado como la pelambre de un cepillo. Son las dos de la tarde, y una extrema luminosidad pesa sobre estos desdichados simultáneamente encorvados y recortados en el espacio por la desolada simetría de este salón en un décimo piso.

NARRADOR.— *(Mientras el narrador, desde el borde del escenario, habla, los demás personajes permanecen en pausa.)* Queridos espectadores: estos personajes que ven aquí sentados, trabajando tras sus escritorios, apenas llevan siete años en esta oficina, y a través de esta enorme cristalera contemplan el puerto de Alicante, ven entrar y salir cientos de barcos cada día; antes, sin embargo, estuvieron trabajando durante veinte años en unas oficinas bajo tierra, en el subsuelo, allí enterrados tanto tiempo tan cerca del infierno... Y hoy van a experimentar unas extrañas sensaciones y unos intensos deseos de libertad, de viajar, de irse lejos de esta rutina en la que todos los días parecen repetirse incesantemente...

(Sonido de teclas.)

LA JEFA.—Otra equivocación, Antonio.

ANTONIO.—¿Señora?

LA JEFA.—Ha vuelto a equivocarse, Antonio.

ANTONIO.—Lo siento, señora.

LA JEFA.—Yo también. (*Alcanzándole la planilla.*) Corríjala. (*Un minuto de silencio.*)

LA JEFA.—María.

MARÍA.—¿Señora?

LA JEFA.—Ha vuelto a equivocarse, María.

MARÍA.— (*Acercándose al escritorio del JEFE.*) Lo siento, señora.

LA JEFA.—También yo lo voy a sentir cuando tenga que despedirlos. Corrija.
(*Nuevamente hay otro minuto de silencio. Durante este intervalo pasan chimeneas de barcos y se oyen las pitadas de un remolcador y el bronco pito de un barco. Automáticamente todos los EMPLEADOS enderezan las espaldas y se quedan mirando por la ventana.*)

LA JEFA. — (*Irritado*) ¡A ver si siguen equivocándose! (*Pausa*)

EMPLEADA 4ª. — (*Con un apagado grito de angustia.*) ¡Oh! No, no es posible. (*Todos se vuelven hacia ella.*)

LA JEFA. — (*Con venenosa suavidad*) ¿Qué no es posible, señor?

ANTONIO.—No es posible trabajar aquí.

LA JEFA.—¿No es posible trabajar aquí? ¿Y por qué no es posible trabajar aquí? (*Con lentitud*)
¿Hay pulgas en las sillas? ¿Cucarachas en la tinta?

ANTONIO.— (*Poniéndose de pie y gritando*) ¡Cómo no equivocarse! ¿Es posible no equivocarse aquí? Contésteme. ¿Es posible trabajar sin equivocarse aquí?

LA JEFA.—No me falte, Antonio. Su antigüedad en la casa no lo autoriza a tanto. ¿Por qué se arrebata?

ANTONIO.—Yo no me arrebato, señora. (*Señalando la ventana.*) Los culpables de que nos equivoquemos son esos malditos barcos.

LA JEFA.— (*Extrañada*) ¿Los barcos? (*Pausa.*) ¿Qué tienen los barcos?

ANTONIO.—Sí, los barcos. Los barcos que entran y salen, chillándonos en las orejas, metiéndose en los ojos, pasándonos las chimeneas por las narices. (*Se deja caer en la silla.*) No puedo más.

TENEDOR DE LIBROS.—Don Antonio tiene razón. Cuando trabajábamos en el subsuelo no nos equivocábamos nunca.

MARÍA.—Cierto; nunca nos sucedió esto.

EMPLEADA 1ª.—Hace siete años.

EMPLEADA 4ª.—¿Ya han pasado siete años?

EMPLEADA 5ª.—Claro que han pasado.

TENEDOR DE LIBROS.—Yo creo, jefa, que estos barcos, yendo y viniendo, son perjudiciales para la contabilidad.

LA JEFA.—¿Lo creen?

ANTONIO.—Todos lo creemos. ¿No es cierto que todos lo creemos?

MARÍA.—Yo nunca he subido a un barco, pero lo creo.

TODOS.—Nosotros también lo creemos.

EMPLEADA 2ª.— Jefe, ¿ha subido a un barco alguna vez?

LA JEFA.—¿Y para qué un jefe de oficina necesita subir a un barco?

MARÍA.—¿Se dan cuenta? Ninguno de los que trabajamos aquí ha subido a un barco.

EMPLEADA 2ª.—Parece mentira que ninguno haya viajado.

EMPLEADA 5ª.—¿Y por qué no ha viajado usted?

EMPLEADA 2ª.—Esperaba casarme...

TENEDOR DE LIBROS.—Lo que es a mí, ganas no me han faltado.

EMPLEADA 5ª.—Ni a mí. Viajando es como se disfruta.

EMPLEADA 3ª.—Vivimos entre estas cuatro paredes como en un calabozo.

ESCENA II

ANTONIO.—Cómo nos equivocamos. Estamos aquí suma que te suma, y por la ventana no hacen nada más que pasar barcos que van a otras tierras. (*Pausa.*) A otras tierras que no vimos nunca. Y que cuando fuimos jóvenes pensamos visitar.

LA JEFA. (*Irritada*) ¡Basta! ¡Basta de charlar! ¡Trabajen!

ANTONIO.—No puedo trabajar.

LA JEFA.—¿No puede? ¿Y por qué no puede, don Antonio?

ANTONIO.—No. No puedo. El puerto me produce melancolía.

LA JEFA.—Le produce melancolía. (*Sardónico.*) Así que le produce melancolía. (*Conteniendo su furor.*) Siga, siga su trabajo.

ANTONIO.—No puedo.

LA JEFA.—Veremos lo que dice el director general. (*Sale violentamente.*)

ANTONIO.—Cuarenta años de oficina. La juventud perdida.

MARÍA.—¡Cuarenta años! ¿Y ahora...?

ANTONIO.—¿Y quieren decirme ustedes para qué?

EMPLEADA 3ª.—Ahora lo van a echar...

ANTONIO.—¡Qué me importa! Cuarenta años de Debe y Haber. De Pérdidas y Ganancias.

EMPLEADA 2ª.—¿Quiere una aspirina, don Antonio?

ANTONIO.—Gracias, señorita. Esto no se arregla con aspirina. Cuando yo era joven creía que no podría soportar esta vida. Me llamaban las aventuras..., los bosques. Me hubiera gustado ser guardabosque. O cuidar un faro...

TENEDOR DE LIBROS.—Y pensar que a todo se acostumbra uno.

ANTONIO.—Incluso a esto...

TENEDOR DE LIBROS.—Sin embargo, hay que reconocer que estábamos mejor abajo. Lo malo es que en el subsuelo hay que trabajar con luz eléctrica.

MARÍA.—¿Y con qué va a trabajar uno si no?

EMPLEADA 4ª.—Uno estaba allí tan tranquilo como en el fondo de una tumba.

TENEDOR DE LIBROS.—Cierto, se parece a una tumba. Yo muchas veces me decía: "Si se apaga el sol, aquí no nos enteramos...".

ANTONIO.—Y de pronto, sin previo aviso, nos sacan del sótano y nos meten aquí. En plena luz. ¿Para qué queremos tanta luz? ¿Podéis decirme para qué queremos tanta luz?

TENEDOR DE LIBROS.—Francamente, yo no lo sé...

EMPLEADA 2ª.—La jefa tiene que usar gafas con cristales ahumados...

EMPLEADA 5ª.—Yo perdí la vista allá abajo...

EMPLEADA 4ª.—Sí, pero estábamos tan tranquilos como en el fondo del mar.

TENEDOR DE LIBROS.—De allí traje mi reumatismo.

ESCENA III

(*Entra el ordenanza CIPRIANO, con un uniforme color de canela y un vaso de agua helada. Es MULATO, simple y complicado, exquisito y brutal, y su voz por momentos persuasiva.*)

MULATO.—¿Y la jefa?

EMPLEADA 2ª.—No está. ¿No ve que no está?

EMPLEADA 3ª.—Fue a la Dirección...

MULATO.—(*Mirando por la ventana*) ¡Hoy llegó el "Astoria"! Yo lo hacía en el puerto de Barcelona.

EMPLEADA 2ª.— (*Se van acercando todos a la ventana.*) ¡Qué chimeneas tan grandes tiene!

MULATO.—Desplaza cuarenta y tres mil toneladas...

EMPLEADA 4ª.—Ya bajan los pasajeros...

ANTONIO.—Y nosotros quisiéramos subir.

MULATO.—Y pensar que yo he subido a casi todos los barcos que dan vuelta por los puertos del mundo...

EMPLEADA 5ª.—Hablaron mucho los periódicos...

MULATO.—Sé los pies que calan. En qué astilleros se construyeron. El día que los botaron. Yo, cuando menos, merecía ser ingeniero naval.

EMPLEADA 5ª.—¿Tú, ingeniero naval...? No me hagas reír.

MULATO.—O capitán de fragata. He sido grumete, lavaplatos, marinero, cocinero de veleros, maquinista de bergantines, timonel de sampanes, contra maestre de paquebotes...

EMPLEADA 5ª.—¿Ah, sí? ¿Y por dónde viajaste? ¿Por el Mar Menor o por las playas de Alicante?

MULATO.—(*Sin mirar al que lo interrumpe.*) Desde los siete años doy vueltas por el mundo y juro que jamás en la vida me he visto entre chusma tan insignificante como la que tengo que tratar a veces...

MARÍA.—(*A Empleada 1ª.*) A buen entendedor...

MULATO.—Conozco el mar de las Indias. El Caribe, el Báltico... hasta el océano Ártico. Las focas recostadas en los hielos lo miran a uno como estatuas aburridas, sin moverse...

EMPLEADA 5ª.—¡Eh, debe de hacer un frío brutal por ahí!

EMPLEADA 2ª.—Cuente, Cipriano, cuente. No haga caso.

MULATO.—(*Sin volverse.*) Arreglada estaría la luna si tuviera que hacer caso de los perros que ladran. En una barcaza he recorrido el Ganges. Y había que ver los cocodrilos que nos seguían...

MARÍA.—No sea exagerado, Cipriano.

MULATO.—Se lo juro, señorita. (*Los demás empiezan a sentarse en sus puestos de trabajo.*)

EMPLEADA 5ª.—Indudablemente, este no pasó de Cádiz.

MULATO.—(*Violento.*) A mí nadie me trata de mentiroso, ¿sabe? (*Arrebatado, se quita la chaqueta y se queda en camisa.*)

EMPLEADA 1ª.—¿Qué hace, Cipriano?

EMPLEADA 2ª.—¿Está loco?

EMPLEADA 3ª.—Cuidado, que puede venir la jefa.

MULATO.—(*Se sube una manga de la camisa.*) Vean estos tatuajes. Digan si están hechos en la Gran Vía o en un centro comercial. Vean...

EMPLEADA 2ª.—¡Una serpiente con cuernos!

MULATO.—Este tatuaje me lo hicieron en Madagascar, con una espina de tiburón.

EMPLEADA 5ª.—¡Qué mala espina!

MULATO.—Vean esta rosa que tengo sobre el ombligo. Observen qué delicadeza de pétalos. Un trabajo de indígenas australianos.

EMPLEADA 5ª.—¿No será una calcomanía?

EMPLEADA 2ª.—¡Qué va a ser una calcomanía! Este es un tatuaje de verdad.

MULATO.—Le aseguro, señorita, que si me viera sin camisa se asombraría...

TODOS.—¡Oh... Ah...!

MULATO.—(*Enfático.*) Sin camisa soy extraordinario.

EMPLEADA 1ª.—No se la pensará quitar, supongo.

MULATO.—¿Por qué no? (*Se desabrocha un par de botones.*)

EMPLEADA 3ª.—No, no se la quite.

MULATO.—No me voy a quedar desnudo por eso. Y verán que tatuajes tengo labrados en los abdominales.

EMPLEADA 1ª.—Es que si entra alguien...

EMPLEADA 3ª.—Cerrems la puerta. (*Va a la puerta y la cierra.*)

ESCENA IV

MULATO.—(*Subiéndose las dos mangas.*) Miren estos dibujos. Son del más puro estilo malasio. ¿Qué les parece esta tribu de monos pelando bananas? (*Murmullo de "Oh..., ah..."*.) Lo menos que merezco es ser capitán de una isla. (*Toma un pliego de papel y rasgándolo en tiras se lo coloca alrededor de la cintura.*) Así van vestidos los salvajes de las islas.

EMPLEADA 1ª.— ¿A las mujeres también les hacen tatuajes...?

MULATO.—Claro. ¡Y qué tatuajes! Como para resucitar a un muerto.

EMPLEADA 2ª.—¿Y es doloroso tatuarse?

MULATO.—No mucho... Lo primero que hace el brujo tatuador es ponerlo a uno bajo un árbol...

EMPLEADA 2ª.—Uy, qué miedo.

MULATO.—Ningún miedo. El brujo acaricia la piel hasta dormirla. Y uno acaba por no sentir nada.

EMPLEADA 4ª.—Claro...

MULATO.—Siempre bajo los árboles hay hombres y mujeres haciéndose tatuar. Y uno termina por no saber si es un hombre, un tigre, una nube o un dragón.

TODOS.—¡Oh, quién lo iba a decir! ¡Si parece mentira!

MULATO.— (*Fabricándose una corona con papel y poniéndosela.*) Los brujos llevan una corona así y nadie los mortifica.

EMPLEADA 1ª.—¡Qué impresionante!

EMPLEADA 2ª.—Las cosas que se aprenden viajando...

MULATO.—Allá no hay jueces, ni cobradores de impuestos, ni divorcios, ni guardianes de plaza. Cada hombre toma la mujer que le gusta y cada mujer al hombre que le agrada. Todos viven desnudos entre las flores, con collares de rosas y los tobillos adornados de flores. Y se alimentan de ensaladas de magnolias y sopas de violetas.

TODOS.—Eh, eh...

EMPLEADA 2ª.—¡Eh! ¡Cipriano, que no nacimos ayer!

MULATO.—Juro que se alimentan de ensaladas de magnolias.

TODOS.—No.

MULATO.—Sí.

EMPLEADA 5ª.—Mucho..., mucho...

MULATO.—Digo que sí. Y además los árboles están siempre cargados de toda clase de fruta.

ANTONIO.—No será como la que uno compra aquí.

MULATO.—Allí no. Cuelgan libremente de las ramas y quien quiere, come y quien no quiere, no come..., y cuando cae el sol, entre los grandes árboles, se encienden fogatas y ocurre lo que es natural que ocurra por la noche.

EMPLEADA 1ª.—¡Qué países, qué países!

MULATO.—Y digo que es muy saludable vivir así libremente. Al otro día la gente trabaja con más ánimo en los arrozales y si uno tiene sed (*Toma el vaso de agua y bebe.*) parte un coco y bebe su deliciosa agua fresca.

ANTONIO.—(*Tirando violentamente un libro al suelo.*) ¡Basta!

ESCENA V

MULATO.—¿Basta qué?

ANTONIO.— (*Se levanta. Se queda en pie frente a la cristalera, mirando al puerto.*) Basta de historias. Se acabó. Me voy.

EMPLEADA 2ª.—¿A dónde se va, don Antonio?

ANTONIO.—A correr mundo. A vivir la vida. Basta de oficina. Basta de rutina. Basta de números. Basta de reloj. Basta de aguantar a esta otra sinvergüenza. (*Señala la mesa de la jefa. Pausa. Perplejidad.*)

EMPLEADA 4ª.—¿"Esta otra"? ¿Y quién es el otro?

TODOS.—¿Quién es?

ANTONIO.—(*Perplejo*) El otro... el otro... el otro... soy yo.

EMPLEADA 3ª.—¡Usted, don Antonio!

ANTONIO.—Sí, yo; que desde hace veinte años le llevo los chismes a la jefa. Mucho tiempo hacía que me amargaba este secreto. Pero trabajábamos en el subsuelo y en el subsuelo las cosas no se sienten.

TODOS.—¡Oh...!

EMPLEADA 4ª.—¿Qué tiene que ver el subsuelo?

ANTONIO.— (*Camina junto a la cristalera.*) No sé. La vida no se siente. Uno es como una lombriz solitaria en un intestino de cemento. Pasan los días y no se sabe cuándo es de día, cuándo es de noche. Misterio. (*Con desesperación.*) Pero un día nos traen a este décimo piso. Y en el cielo, las nubes, las chimeneas de los transatlánticos se nos meten en los ojos. Pero entonces, ¿existía el cielo? Pero entonces, ¿existían los barcos? ¿Y las nubes existían? ¿Y uno, por qué no viajó? Por miedo. Por cobardía. Mírenme. Viejo. Achacoso. ¿Para qué sirven mis cuarenta años de contabilidad y de chismerío?

MULATO. (*Enfático*) Ved cuán noble es su corazón. Ved cuán responsables son sus palabras. Ved cuán inocentes son sus intenciones. Ruborizaos, amanuenses. Llorad lágrimas de tinta. Todos vosotros os pudriréis como asquerosas ratas entre estos malditos libros. Un día os encontrareis con el sacerdote que vendrá a suministraros la extremaunción. Y mientras os unten con aceite la planta de los pies, os diréis: "¿Qué he hecho de mi vida? Consagrarla a la contabilidad". Bestias.

ANTONIO.—Quiero vivir los pocos años que me quedan de vida en una isla desierta. Tener mi cabaña a la sombra de una palmera. No pensar en horarios.

EMPLEADA 4ª.—Iremos juntos, don Antonio.

MARÍA.—Yo iría, pero para cumplir este deseo tendría que cobrar los meses de sueldo que me concede la ley 11/98.

EMPLEADA 5ª.—Para que nos amparase la ley 11/98, tendrían que echarnos.

MULATO.—Aprovechen ahora que son jóvenes. Piensen que cuando les estén metiendo en una caja de madera no podrán hacerlo.

MARÍA.—La pena es que tendré que dejar a mi novio.

EMPLEADA 5ª.—¿Por qué no lo guarda en un tarro de conservas?

EMPLEADA 2ª.—Cállese, antipática.

MULATO.—Señoras, procedamos con corrección. Cuando don Antonio declaró que él era el chivato, una nueva aurora pareció cernirse sobre la humanidad. Todos le miramos y nos dijimos: "He aquí un hombre honesto; he aquí un hombre íntegro; he aquí la estatua misma de la virtud cívica y ciudadana". (*Grave.*) Don Antonio. Usted ha dejado de ser don Antonio. Usted se ha convertido en Simbad el Marino.

EMPLEADA 3ª.—¡Qué bonito!

ANTONIO.—Ahora, lo que hay que buscar es la isla desierta.

TENEDOR DE LIBROS.—¿Hay todavía islas desiertas?

MULATO.—Sí, las hay. Vaya si las hay. Grandes islas. Y con árboles de pan. Y con plátanos. Y con pájaros de colores. Y con sol desde la mañana a la noche.

EMPLEADA 5ª.—¿Y nosotros...?

MULATO.—¿Cómo que nosotros?

EMPLEADA 2ª.—¿A nosotros nos dejarán aquí?

MULATO.—Vengan ustedes también.

TODOS.—Eso..., vámonos todos.

MULATO.—Ah..., y qué les diré de las playas de coral.

EMPLEADA 1ª.—Cuente, Cipriano, cuente.

MULATO.—Y los arroyuelos cantan entre la maleza. Y también hay negros. Negros que por la noche baten el tambor. Así.

(El MULATO toma la tapa de la máquina de escribir y comienza a batir el tamtam ancestral, al mismo tiempo que oscila simiesco sobre sí mismo. Sugestionados por el ritmo, van entrando todos en la danza.)

MULATO.—*(A tiempo que bate el tambor.)* Y entonces todos empiezan a bailar, y entre baile y baile comen ensaladas de magnolias. Bailan bajo los árboles, como ahora nosotros bailamos aquí...Todo lleno de aromas...

(Históricamente todos bailan. El MULATO bate frenéticamente la tapa de la máquina de escribir. Y canta un ritmo de rumba.)

La hoja de la bananera
de verde ya se madura,
quien toma prenda de joven
tiene la vida segura.

La danza se ha ido generalizando a medida que habla el MULATO, y los viejos, los empleados y las empleadas giran en torno de la mesa, donde como un demonio gesticula, toca el tambor y habla el Mulato.

Y bailan, bailan, bailan,
bajo árboles llenos de frutas...
La hoja de la bananera... (bis.)

ESCENA VI

LA JEFA.—*(Entrando bruscamente con el DIRECTOR, con voz de trueno.)* ¿Qué pasa aquí?

MARÍA.—*(Después de alguna vacilación.)* Señora..., esta ventana maldita y el puerto... Y los barcos..., esos barcos malditos...

EMPLEADA 2ª.—*(Señalando al Mulato.)* Y este hombre...

DIRECTOR.—Oh..., comprendo..., comprendo. *(Al JEFE.)* ¡Despida a todo el personal! ¡Tapien la ventana!

TELÓN